

Silvia Federici desde el fuego al cuerpo: de la caza de brujas a la historia del capital, el trabajo doméstico y la reproducción de lo común

PAZ, Iván / FFyL-Uba – ivanpaz@live.com.ar

Eje: Perspectivas filosóficas sobre temporalidad, historia, género y sexualidad Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras claves: Silvia Federici – feminismo marxista – caza de brujas– trabajo doméstico*

» **Resumen**

Silvia Federici, partiendo desde la corriente autónoma marxista feminista, propone considerar una cantidad de “olvidos” del marxismo clásico para reclamar el reconocimiento de la mujer como trabajadora. En este sentido, considera que la caza de brujas fue instrumental a la construcción de un orden patriarcal en el cual los cuerpos de las mujeres, su trabajo, su sexualidad y reproducción fueron colocados bajo la tutela del Estado y transformados en recursos económicos (o, como diría Marx, en instrumento de producción). La autora parte de este análisis socio-histórico para sentar las bases de lo que será su reclamo por la salarización del trabajo doméstico, en tanto considera que, víctimas de un proceso histórico de ocultamiento, el trabajo de las mujeres es esencial para la existencia de otras formas de producción y, como tal, debe ser reconocido y remunerado como primer paso para la emancipación general de toda la clase obrera. En su teoría, el rechazo a la socialización de las fábricas y a la racionalización del hogar constituye un planteo esencial a la hora de pensar, en términos de la reproducción de lo común, en nuevas estrategias para superar el orden capitalista instaurando una ruptura de lógicas binarias a través de la subversión de las comunidades.

» **Presentación**

En un contexto de lucha contra el sistema capitalista y patriarcal a partir de una crítica a las formas convencionales narrativas del pasado, no podemos ignorar el significado del aporte del marxismo a una nueva forma de escribir la historia que contemple nuevos sujetos, minorías y subalternidades y nuevos modos de narratividad y temporalidad. Desde diversas variantes del feminismo (radical, en el caso de Catharine MacKinnon, por ejemplo) existe una crítica a la “hipocresía” del marxismo por su imposibilidad para hacer mención a la opresión de las mujeres en relación con la opresión de clase, o bien por la insuficiencia de su propuesta para contemplar, entre

los usos de violencia extrema del capitalismo, a la violencia ejercida contra las mujeres. Como afirma Heidi Hartmann, “muchos marxistas suelen afirmar que, en el mejor de los casos, el feminismo es menos importante que la lucha de clases y que, en el peor, divide a la clase obrera. Esta postura política da lugar a un análisis en el que el feminismo se absorbe en la lucha de clases” (Hartmann, 1979:2). Silvia Federici, en este sentido, teoriza sobre la lucha histórica de las mujeres contra el trabajo reproductivo partiendo de la premisa de que el proceso descriptivo de Marx del surgimiento de sociedades capitalistas bajo el concepto de acumulación primitiva es extremadamente limitada (para la perspectiva feminista) en tanto se ignora la lógica capitalista de situar bajo la tutela del Estado a la corporalidad femenina. Dicha lógica ve a la procreación como un aspecto fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo: en este sentido, los cuerpos de las mujeres son convertidos en máquinas para la producción de mano de obra, lo cual explica la existencia de leyes violentas contra las mujeres (penalización de métodos anticonceptivos, control sobre el proceso de reproducción biológica). Federici considera, en este contexto, que Marx y el marxismo clásico “olvidaron” (o ignoraron) al trabajo reproductivo de las mujeres, en tanto el propio concepto de reproducción queda reducido al consumo de mercancías que los trabajadores pueden comprar con sus salarios y al trabajo reproductivo que dichas mercancías requieren. Ningún otro trabajo (no reconocido) participa ni de la elaboración de bienes de consumo, ni de la restauración de la capacidad de trabajo del obrero: no existe distinción entre producción de mercancías y producción de fuerza de trabajo. Los únicos elementos relevantes que este proceso reconoce son los hombres trabajadores que se autorreproducen, sus salarios, sus modos de supervivencia: la reproducción de la clase obrera se da a través de la mercancía, dejando de lado el rol de la mujer y el trabajo doméstico, el sexo, la reproducción desde la procreación. Según Federici, la visión tecnocrática de la revolución implica para el marxismo que la libertad se consiga, pura y exclusivamente, a través de la maquinaria, y que el aumento de productividad laboral suponga el cimiento material para el comunismo: cualquier otro modo de producción queda por debajo de la organización capitalista del trabajo, incluyendo a la reproducción de la fuerza de trabajo, y la emancipación del proletariado no puede darse más que partiendo del trabajo industrial asalariado. De esta manera, el salario oculta tanto al trabajo no remunerado como al establecimiento de jerarquías en el ámbito laboral por cuestiones de género, estableciendo una división sexo-social del trabajo injusta y basada en la desigualdad.

Sin embargo, antes de entrar de lleno en la teoría de Federici a través del recorrido que la autora propone por la historia del capital a través del estudio de la mujer, el cuerpo y la acumulación originaria, proponemos reponer, a modo de presentación, el antecedente histórico del marxismo clásico, en tanto, para la autora, sus falencias son esenciales para entender que Marx nunca habría podido suponer que el capitalismo allanaba el camino hacia la liberación humana si hubiera mirado su historia desde el punto de vista de las mujeres.

Feminismo socialista y marxismo clásico: antecedentes históricos

En primera instancia, es pertinente y menester hacer mención a Flora Tristán, quien fue la

más importante feminista socialista de primera generación, y un antecedente primordial del pensamiento marxista que nace de la crítica al socialismo utópico. La tesis más importante de su obra *Unión Obrera* constituye el planteo de la necesidad de que exista una asociación sindical de lucha internacional por los derechos de los trabajadores. En dicha obra, dedica un capítulo crucial a responder el por qué se debe mencionar a las mujeres: aún siendo predecesora del *Manifiesto Comunista*, ella plantea que en las sociedades humanas históricas las mujeres han sido catalogadas como carentes de fuerza, inteligencia, capacidad y, como tales, no cumplían ninguna función en la iglesia, ante la ley o el Estado (considerados como paradigmas de una sociedad civilizada, o bien podríamos decir, capitalista). De esta manera, plantea Tristán, a la mujer “se la ha educado para ser una graciosa muñeca y una esclava destinada a distraer a su dueño y a servirle” (Tristán, 2016:51). Si bien “en la vida de los obreros la mujer lo es todo. Es su única providencia” (Tristán, 2016:51) como amante, madre y esposa, entre mujer y hombre surge una puesta en escena constante e la dialéctica amo-esclavo a través de las afecciones causadas por el marido, que siempre son seguidas de enfermedades, miseria, condena histórica a la maternidad como rol asignado biológicamente, y, por supuesto, imposibilidad de acceso al trabajo. En este contexto, Flora Tristán reclama derechos para la mujer al considerar que toda afección de ellas surge del olvido de lo que, considera, son derechos naturales e imprescriptibles. A tono con Mary Wollstonecraft, por ejemplo, quien la había antecedido en el reclamo, considera necesario que se atienda a la educación de la mujer, en tanto de ella depende la educación del hombre en general (y sobre todo, resalta, la del hombre del pueblo). Si consideramos que todos los males de la clase obrera se resumen en su miseria e ignorancia, estos males se ven claramente plasmados en la figura misma de la mujer. Los planteos de Flora Tristán sientan las bases para considerar que la mujer es una víctima más de la opresión de las clases dominantes, en tanto estas, históricamente, se han encargado de mantenerlas incultas y ocultas, y han ignorado el hecho de que son ellas quienes instruyen y desarrollan a los hombres y niños. Tomando la asignación natural a la mujer del rol de madre, esta postura es un antecedente inmediato del tratamiento que el marxismo clásico hará de las mujeres.

Ahora bien, al analizar estrictamente al tratamiento que se le da a las mujeres en el *Manifiesto Comunista*, partiremos de dos perspectivas. En primera instancia, coincidiremos con Heidi Hartmann al afirmar que todo tratamiento desde el marxismo de la posición de la mujer parte “de la relación de la mujer con el sistema económico, y no de la relación de la mujer con el hombre, suponiendo que esta última quedará explicada en su análisis de la primera” (Hartmann, 1979:3): en este sentido, la liberación de la mujer parte del hecho de que ella se convierta en una trabajadora (asalariada) y que se una al hombre en la lucha contra el capitalismo. Si bien consideramos primordial este punto de vista en tanto será la piedra de toque en las críticas que mencionamos anteriormente y que desarrollaremos en el presente trabajo, también consideramos que, desde sus orígenes, la tradición marxista plantea una lucha por la liberación de la mujer, considerando, que, a fines de alcanzar la revolución del proletariado, las distinciones entre edades y sexos ya no existe, y las mujeres y los niños cobran una vital importancia en tanto también deben despertar de su constitución como meros instrumentos de trabajo. Para Marx y Engels, la burguesía reclama al comunismo, sin duda, el intento de colectivización de las mujeres. Siguiendo esta idea, la

incorporación de ellas a la Primera Internacional se hace evidente:

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte con la socialización. No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción (Marx y Engels, 2011:53)

El rol de la mujer, en consideración de los burgueses, es el de estar a disposición suya, por lo que se convierten automáticamente en prostitutas privadas y públicas: la derrota histórica del sexo femenino, siguiendo este análisis, se da tras el surgimiento de la familia nuclear reproductora de la fuerza de trabajo para el capitalismo, a través de la extrema degradación sufrida por las mujeres a manos de sus maridos y/o dueños. Mientras que la familia histórica de las clases dominantes se constituye como institución a través de la cual se transmite la herencia entre generaciones, con el surgimiento del capitalismo la familia obrera asume el rol de proporcionar al sistema una oferta directa de mano de obra.

Por último, luego de los eventos de la Comuna de París, queda consignada la división entre mujeres burguesas (productoras de descendencia) y mujeres proletarias (quienes mantienen generaciones de trabajadores). Tras la Revolución Rusa, heredera de los eventos de la Comuna, y en plena puesta en práctica de la orientación leninista del marxismo, a pesar de sus reservas acerca de la plena liberación sexual, los bolcheviques legalizaron el aborto y el divorcio, por lo cual popularmente se los consideraba enemigos de la familia y de los valores morales tradicionales. Como afirmó Trotsky, si bien la verdadera liberación de la mujer era inconcebible separada de los reclamos de la revolución proletaria, “la Revolución de Octubre inscribió en su bandera la emancipación de la mujer” (Trotsky, 1945:87). Respecto de la relación matrimonial del marxismo y el feminismo, consideramos que toda teoría sobre la clase obrera debe hablar de las mujeres, y dicha intención no estuvo ausente ni en los pedidos revolucionarios de Marx y Engels, ni en la misma instauración de una dictadura del proletariado. Pero, ¿fue suficiente?

› ***La caza de brujas como expropiación social del cuerpo***

En la década de 1980, Silvia Federici se propuso investigar una forma de repensar el análisis de la acumulación primitiva de Marx desde un punto de vista feminista como introducción a una crítica a Foucault por ignorar, en su teoría del cuerpo, el proceso de reproducción. Para la autora, en este primer momento, la hipótesis a trabajar eran los cambios que el capitalismo introdujo en el proceso de reproducción social y en la reproducción de la fuerza de trabajo como elemento esencial para analizar la historia de las mujeres. Veinte años después, la publicación de *Calibán y la bruja* respondió a la necesidad de repensar el desarrollo del capitalismo desde un punto de vista feminista, pero evitando las limitaciones de una historia de las mujeres como algo separado de las condiciones de la clase trabajadora masculina.

Según la teoría de Marx en *El Capital*:

En tiempos muy remotos había, por un lado, una elite diligente, y por el otro una pandilla de vagos y holgazanes. Ocurrió así que los primeros acumularon riqueza y los últimos terminaron por no tener nada que vender excepto su pellejo. Y de este pecado original arranca la pobreza de la gran masa que aun hoy, pese a todo su trabajo, no tiene nada que vender salvo sus propias personas y la riqueza de unos pocos, que crece continuamente aunque sus poseedores hayan dejado de trabajar hace mucho tiempo (Marx, 2010:892)

Federici, tomando la destrucción marxista del mito creado por la burguesía de una historia del capitalismo vinculada con la libertad y la realización de derechos, vincula la acumulación originaria con la expropiación masiva del campesinado europeo y los pueblos originarios, lo cual vino acompañado de un exterminio masivo de éstos últimos y de la instauración de la esclavitud. Como mencionamos anteriormente, la autora parte de una descripción de la acumulación originaria a partir de una serie de fenómenos que, considera, están ausentes en la teoría de Marx: la división sexual del trabajo que somete al trabajo femenino y la función reproductiva de las mujeres a la reproducción del trabajo; la construcción de un nuevo orden patriarcal y la maquinización del cuerpo proletario. Siguiendo esta línea, el foco de su análisis se sitúa en el fenómeno trascendental, oculto y disociado de la caza de brujas en el contexto de la transición del feudalismo al capitalismo. En tanto hito historiográfico, la caracterización de dicha transición ha resultado problemática, generando intensos debates entre especialistas de la disciplina histórica. Sirviéndose de las limitaciones del marxismo que señala, Federici propone que, en la caza de brujas, el asesinato de cientos de miles de personas (de las cuales un 80% eran mujeres) se produjo en un período histórico en el cual las relaciones feudales estaban casi completamente disueltas. En tanto complejo planificado y ejecutado por la alianza entre estructuras políticas y religiosas¹, la caza de brujas fue la respuesta de los poderes concentrados a la lucha popular que pretendía resistir a la implantación del capitalismo y al inicio de la expansión colonial oceánica y la conquista de América mediante la emancipación de las relaciones feudales en decadencia y la oposición a la expropiación masiva de tierras comunales. Tras el objetivo de expropiar la propiedad de lo común se escondía, además, la necesidad de destruir las relaciones sociales y el poder popular que daban forma a la posesión compartida de tierras. Dichas relaciones sociales, encarnadas en la asamblea campesina, implicaban la colectivización de un saber que no estaba controlado por las clases dominantes, y en el cual, considera Federici, el rol de las mujeres era fundamental: además de los conocimientos relativos a la salud, el saber común refería a todo aquello relativo a la sexualidad, la fertilidad, el parto y la reproducción. Las mujeres curanderas, en este sentido, cumplían una función útil en sus pueblos y eran respetadas por la comunidad, y se encontraban claramente expuestas a ser acusadas de

¹ La autora refiere a religión en general en tanto considera que la feroz represión no estuvo vinculada exclusivamente a la Iglesia Católica, sino que fue ejecutada por todas las variantes hegemónicas del cristianismo con el aval del poder político y de otras instituciones sociales, lo cual se comprende al tomar en cuenta la amplitud geográfica de la caza de brujas en Europa y América.

practicar la magia. Incluso el propio *Malleus Maleficarum*² se refería expresamente a estas “brujas” capaces de curar y de dañar: su persecución, en el contexto de la caza, significó el precedente inmediato de la institucionalización de la ciencia y el desarrollo de las primeras universidades que, como sabemos, estaban estrechamente vinculadas a la Iglesia católica. De esta manera, quedó establecida la expulsión absoluta de las mujeres del saber social, la negación de un saber popular y la aparición de un saber científico (misógino y clasista) avalado por los poderes político y religioso. Como afirma Graf, “la persecución de brujas se produjo en medio de cambios sociales bruscos, como [...] las epidemias de peste del siglo XIV, y un rápido desarrollo demográfico y económico en el siglo XV” (Graf, 2011:21). En este contexto, el hundimiento demográfico de los siglos XV y XVI y la crisis de población de los siglos XVI y XVII convirtió a las políticas de estímulo de la natalidad en una política de Estado esencial y prioritaria, dando lugar al surgimiento del control del cuerpo y la capacidad reproductiva de las mujeres como forma de garantizar la subsistencia de la humanidad. Además, se intensificó la persecución de las brujas, se demonizó toda forma de control de natalidad y de sexualidad no orientada a la procreación y se criminalizaron cualquier forma de anticoncepción y el aborto. El resultado evidente fue la condena y la esclavización de las mujeres a la procreación: “sus úteros se transformaron en territorio político, controlados por los hombres y el Estado: la procreación fue directamente puesta al servicio de la acumulación capitalista” (Federici, 2010:139) Sumado a esto, la desposesión de las tierras y la devaluación del trabajo asalariado femenino condujeron a la masificación de la prostitución y su consecuente penalización y restricción, formando lo que Federici considera es una *nueva división sexual del trabajo* que definía a las mujeres (esposas, madres) en términos que ocultaban su condición de trabajadoras, y que daba a los hombres libre acceso a sus cuerpos, a sus trabajos, y a los cuerpos y trabajos de sus hijos:

Todas las mujeres (excepto las que habían sido privatizadas por los hombres burgueses) se convirtieron en bien común, pues una vez que las actividades de las mujeres fueron definidas como no-trabajo, el trabajo femenino se convirtió en un recurso natural (Federici, 2010:148)

La instauración de un nuevo orden patriarcal significó la derrota histórica de las mujeres, quienes se vieron reducidas a la doble dependencia de sus empleadores y sus hombres.

En resumen, para Federici, la caza de brujas significó una guerra y un genocidio para degradar, demonizar y destruir el poder social que las mujeres habían construido. En las hogueras se forjaron los ideales de femineidad y domesticidad que la burguesía pretendía, que seguían a un modelo de mujer débil de cuerpo y mente que requería el control masculino sobre su existencia. La expansión global del capitalismo supuso la caza y persecución en otras sociedades colonizadas, y la reaparición de la caza de brujas en otras partes del mundo (África, por ejemplo) en las décadas de

² “Se ha considerado el tratado demonológico más famoso [...] Es una obra escrita para los predicadores y los inquisidores, con la finalidad de que conozcan el tema de la brujería y lo puedan predicar al pueblo. Su justificación para la persecución a las brujas es que éstas han cometido un crimen mixto: civil y religioso, es decir, renegar de la fe cristiana y hacer un pacto con el Diabolo. Estos tratados demonológicos se crearon dentro del contexto de una persecución pre-existente a las brujas” (Graf, 2011:23)

1980-90 significó volver a encontrarnos en un nuevo proceso de acumulación primitiva, privatización de la tierra, masivo empobrecimiento, saqueo y fomento de la división de comunidades. De esta manera,

Tal y como Arthur Miller observara en su interpretación de los juicios de Salem, en cuanto despojamos a la persecución de las brujas de su parafernalia metafísica, comenzamos a reconocer en ella fenómenos que están muy próximos a nosotros (Federici, 2010:317)

› ***La perspectiva revolucionaria del trabajo doméstico***

Como afirmamos anteriormente, la nueva división sexual del trabajo encarnada en un nuevo contrato sexual ocultó la condición de trabajadores de las mujeres. En este sentido, el trabajo doméstico permaneció invisibilizado y desvalorizado hasta el surgimiento del movimiento de mujeres que rechazaba al trabajo reproductivo como su destino natural, y que generó una revuelta contra este tipo de trabajo durante las décadas de 1960-70 a través del develamiento del papel indispensable que cumplía el trabajo doméstico (no remunerado) en la economía capitalista. Desde este punto de vista, la sociedad se convierte en un circuito de plantaciones domésticas en el que la producción de la clase obrera sienta sus bases en una articulación cotidiana y generacional. El trabajo, en este sentido, excede como marco al mero consumo de mercancías, “puesto que los alimentos deben prepararse para ser consumidos, la ropa tiene que ser lavada y hay que cuidar y reparar los cuerpos humanos” (Federici, 2013:160). La subversión de las mujeres devela las consecuencias de la nueva división sexual del trabajo que Federici ya había presentado, como consignamos anteriormente, en *Calibán y la bruja*: dependencia económica de los hombres, subordinación social, naturalización del trabajo no remunerado, sexualidad tutelada por el Estado.

Inspirada por un artículo de la economista italiana Maria Dalla Costa, en el cual defendía que el trabajo doméstico y todo el conjunto de actividades esenciales para nuestra reproducción constituyen un trabajo esencial para la organización del sistema capitalista, Federici decide unirse en la década de 1970 a la fundación *International Feminist Collective*, la cual impulsaba la Campaña Salario para el Trabajo Doméstico. Dicha campaña constituyó la puesta en práctica del análisis de Dalla Costa, poniendo de manifiesto la desvalorización del trabajo doméstico bajo el capitalismo y la invisibilidad de dichas tareas a partir del hecho de no ser remuneradas. Contra las críticas de las mujeres que consideraban que la Campaña pretendía institucionalizar el rol de las mujeres en el hogar, Federici reivindica la necesidad de visibilizar al trabajo doméstico para plantear una redefinición de aquello en lo que realmente consiste ese trabajo, y concientizar a la sociedad para que pueda tomarlo como un trabajo esencial (en tanto produce la fuerza de trabajo misma) y no un servicio personal prestado al hombre y al proletariado. En tanto muchas mujeres, al no estar remunerado su trabajo, se veían inmersas en una relación de dependencia con los hombres, la figura del salario cobra relevancia política como instrumento para organizar a la sociedad y, a su vez, herramienta para cuestionar las jerarquías dentro de la sociedad de clase, en tanto el rechazo de la separación económica y política de las luchas es un paso fundamental para develar las raíces

materiales de la división sexual del trabajo.

Si bien el trabajo reproductivo no es el único estadio que permite cuestionar la lógica del capital, Federici considera que es a través del cual se hacen patentes y en el cual se manifiestan más fuertemente las contradicciones inherentes a la alienación, por lo cual es, desde su perspectiva, el *punto cero* de la práctica revolucionaria. Partiendo desde la crítica al marxismo clásico, las feministas de la Campaña propusieron ampliar la problemática del trabajo no asalariado más allá del confinamiento de las fábricas, contemplando al hogar y al trabajo doméstico como las bases primeras del sistema fabril y no tanto como una extensión del mismo. El capitalismo, en última instancia, depende del trabajo reproductivo no asalariado para mantener el coste de la mano de obra, en tanto “tras cada fábrica, tras cada escuela, oficina o mina se encuentra oculto el trabajo de millones de mujeres que han consumido su vida, su trabajo, produciendo la fuerza de trabajo que se emplea en esas fábricas, escuelas, oficinas o minas” (Federici, 2013:55). La Campaña proponía, en este sentido, poner fin a la naturalización del trabajo doméstico y de la concepción del mismo como “trabajo de mujeres” y, con más fuerza, reclamaba, en vez de más trabajo, que se les pagase a las mujeres por el trabajo no reconocido que ya hacían. La lucha por el salario era por el trabajo doméstico y no para las amas de casa, con lo cual se pretendía eliminar el sesgo de género del trabajo en tanto era el Estado (como representante del capital colectivo y último beneficiario del trabajo reproductivo), no los hombres, quien debía hacerse cargo de dicho salario.

Así como la organización capitalista del trabajo logra, en el análisis de *Calibán y la bruja*, instaurar un nuevo contrato sexual, también genera divisiones dentro de su propio sistema en torno a las cuales debemos organizarnos, afirma Federici, de acuerdo a nuestras necesidades. De esta forma, la propuesta de la Campaña Salario para el Trabajo Doméstico supone un rechazo doble: por un lado, a la socialización de las fábricas; por otro lado, a la racionalización del hogar. Se propone, de esta manera, como una superación de los límites que la autora encuentra en la teoría marxista sin dejar de ser, de todas formas, revolucionaria:

Nuestra fuerza como mujeres empieza con la lucha social por el salario, no para ser incluidas dentro de las relaciones salariales (puesto que nunca estuvimos fuera de ellas) sino para ser liberadas de ellas, para que todos los sectores de la clase obrera sean liberados de ellas (Federici, 2013:64)

› **Los principios de lo común y el programa anticapitalista**

En su trabajo *Revolución en punto cero*, partiendo de los salarios para/contra el trabajo doméstico, Federici teoriza en torno a cómo, en la actual era, la globalización y la liberalización de la economía mundial destruyeron los sistemas de reproducción de países de todo el mundo. El artículo de Dalla Costa que mencionamos anteriormente hacía referencia en su título a “El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad”, comunidad rebelde que está presente en *Calibán y la bruja* detrás de la idea de los comunes asociada directamente a una colectividad en lucha. La cuestión de la lucha de clases es redefinida por Federici, radicalmente, como una apuesta por la subversión en rechazo de una comunidad comesticada cuya reproducción quedaba anclada a las

necesidades del capital.

En el contexto actual, la autora considera que se ha producido la desaparición del modelo revolucionario estatalista que había conformado, durante el siglo pasado, los esfuerzos de los movimientos sociales radicales que luchaban por construir una alternativa al capitalismo. Por otro lado, el intento neoliberal de subordinar toda forma de vida y de conocimiento a la lógica del mercado logró incrementar la conciencia social acerca del peligro de vivir en un mundo en el que no exista el acceso libre a los mares, árboles, animales y a nuestros congéneres de otra forma que no implique un nexo económico. La amenaza constante de la privatización permite la visibilización de un mundo de propiedades (y vínculos) comunales que se creían extintos, mundos que producen nuevas formas de cooperación social. Rechazando los binarismos Estado-propiedad privada y Estado-mercado, Federici propone una redefinición de *lo común* orientando a lo que entiende son *bienes comunes*: agua y tierras comunes, bienes digitales y servicios comunes, derechos adquiridos, las lenguas y producciones culturales. La lucha por el bien común es la puesta en común de los medios materiales y supone el mecanismo primordial por el cual se crea interés colectivo y lazos de apoyo mutuo frente a una vida de esclavitud para las mujeres. Desde esta conceptualización, la autora propone una perspectiva feminista de análisis de lo común como punto de partida conformado por la lucha contra la discriminación sexual y por las luchas sobre el trabajo reproductivo. Como afirmaba en *Calibán y la bruja*, durante la primera fase del desarrollo capitalista fueron las mujeres quienes estaban en la primera línea de defensa contra los cercamientos y los intentos de expropiación y de ruptura de las relaciones sociales. De la misma manera, en la actualidad, las mujeres han liderado los esfuerzos por colectivizar el trabajo reproductivo como herramienta para economizar costos reproductivos y protegerse de la pobreza, la violencia estatal y la violencia ejercida por los hombres. Justamente, en el debate sobre lo común dominado históricamente por los hombres, ignorando el hecho de que las mujeres son quienes más han invertido en la defensa de recursos comunes y en la construcción de formas más amplias de cooperaciones sociales, los principios de lo común pueden constituir los cimientos de un programa anticapitalista. Federici pareciera remontarse a la teoría leninista sobre el imperialismo parasitario como fase superior del capitalismo, en tanto, afirmaba Lenin, el Estado, fuertemente interesado en el progreso del negocio de sus monopolios, se constituía como socio del capital financiero formando parte del conglomerado y reforzándolo. Para Lenin, la intervención estatal no estaba puesta en función de un control consciente y general de la producción social, sino en función de los intereses del capital financiero. De la misma manera, la autora plantea que lo público, hoy en día, no es lo común en tanto está siendo privatizado por el Estado: no lo controlamos, no podemos opinar sobre su gestión. El Estado es cómplice de los mecanismos de funcionamiento del capitalismo. Por el contrario, lo común implica una gestión comunal de la propiedad, desde la base, creando formas de organización e instituciones que establecen una forma comunal de control y de reglas en términos de reciprocidad y de cuidado. El aporte del feminismo, y de la experiencia personal de Federici a través de la Campaña, se da a partir del rol revolucionario que las mujeres han tenido en todas sus relaciones de familia, personales y de reproducción. El espacio debe ser repensado desde la perspectiva de los comunes a través de un repensar los vínculos, las actividades y la relación entre

el hogar (lo personal) y lo político. La vida en común, para la autora, introduce nuevos elementos en la organización política que son esenciales, para anarquistas, marxistas/socialistas, ecologistas y ecofeministas, en tanto “la producción de los comunes requiere primeramente de una profunda transformación de nuestro modo de vida cotidiano, con el objetivo primero de recombinar lo que en el capitalismo ha separado la división social del trabajo” (Federici, 2013:254)

› ***A modo de cierre***

En el presente trabajo propusimos hacer un recorrido por distintos estadios de la teoría de Silvia Federici, siguiendo el eje que recorre sus análisis de la historia de las mujeres y la realidad del mundo actual a través de una perspectiva feminista y marxista. La inclusión en la presentación de aspectos de la obra de Flora Tristán (como feminista socialista) y de los propios lineamientos de la teoría de Marx y Engels que propiciaban un diálogo con posturas a favor de la emancipación de las mujeres (que luego se llevaron a la práctica tras la Revolución Rusa) nos permitió sentar las bases para comprender el vínculo del marxismo clásico con la lucha de las mujeres, para luego deconstruirlo a través de la crítica que Federici le realiza desde el autonomismo. Siguiendo la reconstrucción que la autora hace, desde su perspectiva feminista, de la teoría de la acumulación primitiva de Marx, logramos establecer los lineamientos que existen en la reconstrucción que Federici hace de la transición del feudalismo al capitalismo como forma de análisis de los cercamientos que existieron en relación a la tierra y también al cuerpo, y que se vieron plasmados con toda violencia en la caza de brujas como método de terror masivo sobre el pueblo y muy especialmente sobre las mujeres, necesario para producir un proletariado desposeído y condenado a aceptar sin condiciones la disciplina fabril del sistema capitalista. El surgimiento de las mujeres como clase “trabajadora” sumisa engendrada mediante el terror instauro, según Federici, un nuevo sistema patriarcal sustentado bajo una nueva división sexual del trabajo que ocultó su condición de trabajadoras, y que dio a los hombres, en persecución de ese ideal burgués de mujer sumisa, los motivos para apropiarse de sus cuerpos y sus trabajos. Siguiendo esta línea, reconstruimos la propuesta de Federici dando cuenta de su participación en la Campaña Salario por el Trabajo Doméstico como forma de dilucidar una estrategia de lucha social por el salario como primer paso para destruir por completo las relaciones salariales, pensando a futuro en una posible emancipación de toda la clase trabajadora de dichas relaciones. De esta manera, el planteo de Federici se hace inteligible a través de su análisis de la era global actual, la cual está destruyendo los diversos sistemas de reproducción que hay en el mundo. Logramos dilucidar, finalmente, cómo es que la única forma de garantizar un libre acceso y la colectivización de los bienes comunes, según la autora, es a través de la puesta en práctica de un método con perspectiva feminista que permita llevar la subversión de las mujeres en diversos ámbitos de la vida a una organización anticapitalista que sienta las bases para pensar nuevas formas de gestión y control comunal de la propiedad.

Bibliografía

- Blazquez Graf, Norma (2011), "Los conocimientos de las brujas", en: *El retorno de las brujas: incorporación, aportaciones y críticas de las mujeres a la ciencia*. Ciudad de México: UNAM, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, pp. 17-32
- Federici, Silvia (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Federici, Silvia (2013), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hartmann, Heidi (1979) "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo", en: *Papers de la Fundació* N° 88, pp. 1-32
- Marx, Carlos (2010), "La llamada acumulación originaria", en: *El Capital*, Madrid: Siglo XXI de España Editores, pp. 891-955
- Marx, Carlos y Engels, Federico (2011), *Manifiesto del Partido Comunista*. Ciudad de México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx.
- Tristán, Flora (2016) "¿Por qué menciono a las mujeres?", en: *Unión Obrera*, recuperado de: <https://elsudamericano.wordpress.com/>, pp. 47-62
- Trotsky, Leon (1945), "Twenty Years of Stalinist Degeneration", en: *Fourth International*, vol. 6 N° 3, pp. 87-89